

RESEÑAS

(PÁGINA EN BLANCO)

Ángel SAN VICENTE, *Instrumentos para una historia social y económica del trabajo en Zaragoza en los siglos XV a XVIII*. Zaragoza, Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, 1988, 2 volúmenes, 547 + 423 páginas.

La riquísima colección documental que ha visto la luz en estos dos volúmenes —magníficamente editados— es fruto de una continuada dedicación de su transcriptor, Ángel San Vicente, quien ha seleccionado 541 escritos procedentes de tres archivos locales de Zaragoza (Archivo histórico de protocolos, Archivo histórico provincial y Archivo municipal); cronológicamente, el período abarcado va desde 1409 hasta 1799 (siglos XV y XVI: vol. I; siglos XVII y XVIII: vol. II).

Su contenido, de índole social y económica, recoge cuantiosas noticias sobre los diversos oficios, relaciones laborales, condiciones del trabajo, fiestas gremiales, datos económicos, etc., sin que dejen de anotarse estados de opinión, acaso tópicos, que interesan al sociólogo, ni referencias a hechos que hoy pueden parecer curiosos o anecdóticos: así, el testimonio del oficio de la prostitución, cuya práctica describen los libros de pregones de tres centurias, con pocas diferencias de texto y de contexto (docs. 1, 7, 11, etc.); o la negativa jurídica a la condición femenina para desempeñar la correduría de comercio (doc. 68) y las labores propias de colchoneros y carniceros, según refieren los docs. 153 y 110 respectivamente (también en el sexo masculino se atestiguan limitaciones de carácter laboral: «ninguno que tenga mal de simiente no puede desollar ni cortar carne», doc. 110; tampoco podrán ser boticarios si no demuestran previamente que «su padre y aguelo fueron christianos y no judios ni moros», doc. 90); o la existencia de una ordenanza de tráfico en la Zaragoza del siglo XV, por la que, considerados los perjuicios que producía la trepidación de algunos medios de transporte sobre el pavimento y las paredes de las bodegas adyacentes a las casas, se prohíbe el paso de carretas, «assy bueytas como cargadas» (doc. 41); por su singularidad, pueden igualmente resaltarse otros diplomas, como el 97, en el que los libreros de Zaragoza formalizan su estatuto colectivo, o el 236, en el cual se documentan los servicios del cuerpo de correos de Zaragoza (año 1577); en los docs. 99, 124, 126, 356 y 537, se da cuenta de sucesivas ordenanzas para ciegos; en los numerados 113 (de 1543) y 163 (de 1560), quedan registrados los estatutos de beneficencia sobre la asistencia a los niños huérfanos; en el 145 (de 1554) la Cofradía de la Sangre de Jesucristo concierta su asistencia espiritual a los reos de la pena de muerte; el diploma 158, en fin, prefigura la función de detective.

La utilidad de estas fuentes es innegable: ya Ángel Canellas resalta, en la presentación de la obra, que esta valiosísima colección documental ha de ser «básica para cuantos deseen conocer y estudiar a fondo la historia social y económica del trabajo durante los siglos XV a XVIII en el país aragonés». En este sentido, el mismo título de la publicación permite comprender sin dificultad el espíritu que ha guiado al Prof. San Vicente en su recopilación; pero, como éste sugiere, «útiles para tantos usos, los documentos de la presente edición ofrecen, además, un servicio por sí mismos, de disfrute literario: como tantos

otros textos funcionales —recetas, anuncios, tratados...—, a medida que desmaya su vigencia con el paso de los siglos, se recobran sus poderes sugestivos desde el marco distanciado del lector contemporáneo» (p. VII).

Desde el punto de vista lingüístico, el nivel culto de la lengua documental que, habitualmente, se mantiene con firmeza en la práctica jurídica, presenta en estos diplomas —según observa su transcriptor— interesantes incidencias del habla más común, lo que, sin duda, constituye un rico filón para el lingüista; del mismo modo, aportan un inagotable caudal léxico, sobre todo los inventarios de tiendas y talleres, con surtido de herramientas y géneros diversos, los de boticas (fármacos, cosméticos, especias) y los relativos a las ordenanzas gremiales. Por otra parte, el estudioso de la Filología aragonesa cuenta, a través de esta publicación, de un precioso venero para analizar la modalidad lingüística de esta región a lo largo del siglo XV y para comprobar la castellanización de las tierras meridionales del Reino y, concretamente de Zaragoza, desde finales de esta centuria: efectivamente, si en el documento núm. 1 (de 1409) cabe atestiguar la pujanza del aragonés medieval en formas como *danyos, muytos, dita, fagan, feytos, furtos, feridas, costumpnes, conoximiento, exorellados, fillos, gitados, yes, sían, hi, ad aquesta, si tendrán*, por citar únicamente los rasgos más relevantes, en el documento núm. 76 (de 1513) las soluciones que aparecen son *dicha, fiyo, mexor, trabaxo, provecho, azer-aze ~ fazer-fer*, quedando ya una reducida impronta aragonesa: *cunyo, daron, si el contrario fará*. Así, pues, los *Instrumentos* del Prof. San Vicente constituyen una fuente imprescindible para seguir el proceso castellanizador de Aragón.

La transcripción de los diferentes diplomas, impecable, se atiene a las normas recomendadas por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Los textos, precisamente anotados, se complementan a veces mediante ilustraciones coetáneas sobre su contenido, si bien hay que advertir que éstas no pertenecen propiamente al contexto zaragozano. Cada uno de los tomos publicados contiene en su parte final dos índices, uno de oficios y otro onomástico, siempre bien recibidos por el investigador.

El esfuerzo que Ángel San Vicente ha desarrollado en este magno conjunto documental merece, sin duda, un sincero elogio; por ello, las páginas de este *Archivo de Filología Aragonesa* resultan muy adecuadas para dar a su obra una calurosa bienvenida.

J. M. E.

Enciclopedia Temática de Aragón. Tomo 7: Literatura. Zaragoza, Ed. Moncayo, 1988, 290 páginas.

Constituye la *Enciclopedia Temática de Aragón* un importante y ambicioso proyecto editorial que toma a nuestra región como núcleo y objeto de estudio para ofrecer una visión global, y a la vez especializada, de los distintos aspectos naturales, geográficos y culturales de Aragón. La dirección editorial de Javier Arbués se complementa con la dirección artística de Natalio Bayo, mientras que la coordinación de la obra corre a cargo de Antonio Beltrán, Guillermo Fatás y Guillermo Redondo; cada uno de los volúmenes —de acuerdo con sus contenidos— ha sido, a su vez, dirigido por un prestigioso especialista con el que han colaborado reconocidos expertos en cada una de las cuestiones tratadas. Los diez tomos de que consta la obra —y de los cuales ya han visto la luz los nueve primeros— se ocupan, concretamente, de *Folklore y Música* (1), *Fauna* (2), *Arte* (3 y 4), *Geografía* (5), *Flora* (6), *Literatura* (7), *Historia* (8 y 9) y *Ciencias Sociales* (10); a ellos se suman dos anexos dedicados a *Curiosidades de Aragón* y *Heráldica aragonesa*. Aunque todos ellos resultan igualmente importantes, cada uno en su terreno, las características del AFA motivan que nos detengamos en el volumen destinado a Literatura, que ha sido dirigido por Manuel Alvar.

Tras el emotivo prólogo del profesor Alvar, cuyo conocimiento del tema quedó de manifiesto en su magnífico *Aragón, literatura y ser histórico*, se suceden seis capítulos, debidos a seis plumas diferentes, en los que varían tanto la longitud como los planteamientos. Los cuatro primeros se centran en cuestiones puntuales: «Las letras latinas en el Aragón antiguo» (Antonio Alvar Ezquerra), «La literatura aljamiado-morisca» (Álvaro Galmés de Fuentes), «La poesía épica» (José Fradejas), «Trovadores y poetas aragoneses» (Carlos Alvar Ezquerra), mientras que en los dos últimos se traza la historia de la literatura nacida en Aragón: «La Literatura en Aragón: de los orígenes a finales del siglo XVIII» (Aurora Egido), «Literatura moderna y contemporánea» (José Carlos Mainer); el libro se completa con los habituales índices de temas, autores, obras y fotografías.

Divide Antonio Alvar su trabajo en tres partes, en la primera de las cuales trata de Aragón y su literatura latina perdida, con referencia a autores como Materno, Único o Lucio, en tanto que los dos restantes se dedican a dos figuras importantes: Marcial y Prudencio, de cuya obra proporciona algunos fragmentos y comentarios. Álvaro Galmés de Fuentes se adentra, por su parte, en una interesante parcela de nuestra cultura: la literatura romance que los moriscos escriben con caracteres árabes en el último período de su permanencia en España; atiende el profesor Galmés a sus características generales, contenido y relaciones con las literaturas románicas, destacando en estas obras —normalmente anónimas y populares—, entre las que ocupa un lugar relevante el *Poema de Yuçuf*, un fuerte dialectalismo aragonés.

Se habla de forma generalizada —señala José Fradejas— de la épica castellana y se olvida que Aragón, lo mismo que Portugal, Asturias-León, Navarra, Cataluña o los mozárabes de Al-Ándalus, también tuvo poesía épica, fruto de

unos condicionamientos socioculturales idénticos; examina este investigador algunos acontecimientos y personajes históricos (Bahlul, Izrac ben Mont y Muza ben Muza, Bernardo de Ribagorza, los hijos de Sancho el Mayor, la campana de Huesca) que originaron, sin duda, composiciones épicas, las cuales han perdurado, prosificadas o en la memoria popular, en unas versiones donde se entremezclan los elementos reales con otros poéticos, folklóricos, legendarios y cuentísticos, fusión que caracteriza, precisamente, a la épica. Como indica Carlos Alvar, se tienen pocos datos de los poetas aragoneses que —fundamentalmente en las cortes de Alfonso II y Pedro III— escriben en provenzal, lengua que alcanza un gran prestigio; hasta nosotros sólo han llegado algunas composiciones de estos dos monarcas y referencias de nombres como Pedro de Monzón o Tomás Périz de Foces.

En los dos capítulos más extensos se desarrolla la historia de la Literatura en Aragón. Parte Aurora Egido de la Edad Media, con atención a las letras hispano-latinas, textos aljamiados y poesía trovadoresca, tomando en consideración, asimismo, las repercusiones del mester de clerecía o la presencia de poetas aragoneses en los Cancioneros napolitanos, y poniendo de relieve la personalidad del humanista Juan Fernández de Heredia, impulsor de las traducciones aragonesas. El período renacentista, decisivo para Aragón, supone la consolidación del castellano como vehículo de expresión literaria; en el Renacimiento, se inicia la imprenta en Híjar, Zaragoza y Huesca, y surgen destacadas figuras, cuya personalidad analiza la doctora Egido, como Juan Sobrarias, Jaime Exerich, Juan Verzosa, Antonio Polo, Antonio Serón, Juan Lorenzo Palmireno, Antonio Agustín Príncipe, Pedro Simón Abril, Gonzalo García de Santa María, Pedro Manuel de Urrea, Fernando Basurto o Jerónimo de Urrea. En el siglo XVII algunos escritores aragoneses brillan con luz propia: Baltasar Gracián, los hermanos Argensola; se estudian, además, las corrientes poéticas de la época y se señalan otros autores como Fray Jerónimo de San José o Martín Miguel Navarro; en el género academicista puede mencionarse la *Vigilia y Octavario de San Juan Bautista*, de Ana Abarca de Bolea, con dos poemitas que reflejan rasgos aragoneses. El siglo XVIII ofrece un panorama similar al del resto de España, con una figura excepcional, la de Ignacio de Luzán; se analizan además, en este capítulo, la labor de la Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País y de la Universidad, la poesía, la prosa y el periodismo en Aragón.

Finalmente, se ocupa José Carlos Mainer de la literatura moderna y contemporánea, con unos apartados de cuyo contenido nos da idea el índice: dos escritores de transición (José Mor de Fuentes y Rafael José de Crespo). El Romanticismo. Burguesía moderada y romanticismo de consumo. El renacimiento literario de la Restauración. La generación de 1908. El vanguardismo. Generación de 1936. La postguerra. Panorama institucional de hoy. En ellos se da un repaso a las condiciones sociales, culturales y literarias de estas épocas, realizando figuras sobresalientes como el dramaturgo Miguel Agustín Príncipe, el poeta y dramaturgo Jerónimo Borao (que elaboró el *Diccionario de voces aragonesas*), Braulio Foz (autor de la *Vida de Pedro Saputo*), los regeneracionistas Mariano de Cavia y Joaquín Costa; costumbristas como Cosme Blasco, Romualdo Nogués, Mariano Baselga, Gregorio García-Arista, Alberto Casañal, sin olvidar a quienes han cultivado la lengua dialectal pirenaica (Domingo Miral,

RESEÑAS

Veremundo Méndez Coarasa), a las vanguardias (Benjamín Jarmés) o a nombres como Ramón J. Sender, Miguel Labordeta o Ildelfonso Manuel Gil; llega, así, hasta nuestros días (Luciano Gracia, Rosendo Tello, José Antonio Labordeta, Angel Guinda, Javier Tomeo, y un largo etcétera), dando cabida, incluso, a los que han iniciado en fechas recientes carreras que parecen prometedoras.

Con las líneas precedentes se pretende dar cuenta de las características de este volumen, que ha sido concebido como una historia de la Literatura en Aragón, sin ajustarse —explica Aurora Egido— al concepto más vago e inexacto de Literatura aragonesa; se ofrece una visión muy completa de la creación literaria en nuestra región desde los orígenes más remotos hasta el momento actual. En la obra, magnífica en su presentación, se combina el rigor científico con la amenidad y claridad de un libro dedicado a un público amplio, y por ello su lectura será provechosa para todos cuantos se sientan atraídos por el conocimiento de la evolución y realidad cultural de Aragón.

Rosa M.^a Castañer Martín

Brian MOTT, *El habla de Gistáin*. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1989, 317 páginas.

Desde 1968, año en que B. Mott visitó por vez primera el Valle de Gistáu, hasta la aparición de este libro, el autor se ha dedicado constante y porfiadamente al estudio de la modalidad lingüística chistavina. Fruto de tan amplio período de investigación fue su Tesis Doctoral «El habla de Gistáin» (presentada en 1978), así como otros trabajos, entre los que cabe recordar, por ejemplo, su *Diccionario chistavino-castellano* o «La sufijación sustantiva y adjetiva en el habla de Gistáin». El libro que ahora reseñamos viene, pues, a sumarse a una rica serie de estudios de este hispanista inglés sobre el chistavino.

En esta monografía —prologada por A. Badía—, el autor nos ofrece una información dialectológica de primera mano sobre el habla de la localidad altoaragonesa de Gistáin, de la que describe sus peculiaridades fonéticas, morfológicas y sintácticas, así como el vocabulario rural, sin olvidar los aspectos etnológicos y folklóricos más significativos de ese apartado rincón del Pirineo aragonés. B. Mott aporta, además, datos lingüísticos de los otros seis pueblos que configuran el Valle de Gistáu, hecho que, lejos de restar unidad a la obra, la enriquece.

La estructura del libro responde a la organización habitual en este tipo de monografías: un capítulo introductorio seguido de otros tres dedicados, respectivamente, a la *Fonética*, la *Morfología* y *Sintaxis* y la *Lexicografía*.

En la *Introducción*, el autor explica la génesis y motivación de su trabajo, presenta las características generales del mismo y sitúa el habla estudiada en el

marco geográfico, histórico y lingüístico que le corresponde. Nos habla también de diversas cuestiones metodológicas y, en este sentido, indica que ha intentado «evitar el enfoque tradicional de los estudios de dialectología española, que es el describir un dialecto sólo a través de sus diferencias respecto del castellano» (p. 17), si bien hay que decir que este propósito inicial lo aplica sobre todo al campo del léxico, mientras que la descripción de la fonética y morfosintaxis del chistavino se lleva a cabo fundamentalmente a través de las formas y usos que difieren de la lengua general.

En relación con la metodología utilizada para allegar los materiales lingüísticos, B. Mott señala simplemente que se ha servido de notas tomadas ya sistemáticamente, ya en simple conversación, así como de diversas grabaciones de charlas en chistavino. A juzgar por la abundancia de datos ofrecidos a lo largo de la obra, cabe suponer que se sirvió también de un cuestionario previo, aunque nada dice acerca de su elaboración ni de su posterior aplicación.

Termina este capítulo introductorio con la relación de los informantes seleccionados para su propósito. Si bien el número de los mismos es más que suficiente (alrededor de veinticinco), se echa en falta una información de tipo sociológico (edad, nivel cultural, etc.), pues se limita a proporcionar el nombre y apellidos de cada uno de los sujetos entrevistados.

El capítulo segundo, dedicado a la *Fonética*, trata sucesivamente de la acentuación, vocalismo, consonantismo y cambios fonéticos esporádicos. De entre los numerosos fenómenos descritos, cabe destacar la enorme inestabilidad existente entre las parejas *a/e*, *e/i* y *o/u* en posición inacentuada (*ambolla / embolla, cacherulo / cachirulo, jodietas / judietas*, etc.); la regularidad de este fenómeno en el habla de Gistaín lleva al autor a postular —con un criterio fonológico que, por cierto, no vuelve a utilizar en el resto del capítulo— un subsistema vocálico átono de tres unidades: los archifonemas */I/*, */A/* y */U/*. El vocalismo tónico ofrece, en cambio, pocas divergencias con el castellano, si bien el chistavino —como otras hablas aragonesas— muestra casos de diptongación ante yod (*güello, tiengo*, etc.) y mantiene el diptongo en la terminación *-iello < -èllu m.*

Con un enfoque histórico se ocupa B. Mott de las consonantes. En este aspecto, la modalidad lingüística chistavina manifiesta el arcaísmo propio de las hablas pirenaicas aragonesas: regular conservación de F- inicial (*falz, fullín*); evolución de G²-, J- > */ç/* (*chinere, chunco*), -LY-, -CL- > */ʎ/* (*palla, orella, agulla*), -X-, -SS-, -STY-, etc. > */š/* (*buxo, baixo, ruixar, cruixir, fraixina*); mantenimiento de los grupos PL-, CL-, FL- (*plorar, clau, flama*), etc. Mérito del autor es el haber señalado en cada caso las formas en que tales resultados no se cumplen debido, generalmente, a la penetración del castellano. De esta forma se refleja la vitalidad que cada fenómeno tiene en el habla de Gistaín.

Señala asimismo la existencia en el habla viva de abundantes ejemplos de conservación de las oclusivas sordas -P-, -T-, -K- (*ripa, paretón, zurriaco*) que, no obstante, se encuentran contrapesados por otros de sonorización y pérdida. Hay que decir, al respecto, que alguno de los ejemplos citados es dudoso (tal sería el caso de *espellotar*, donde cabe suponer un sufijo *-ote*) o error evidente

(como lo es, sin duda, la inclusión de *ixuto* como ejemplo de mantenimiento de -T-, cuando procede —como bien indica el propio autor en otra parte de la obra— de *exsuctum*).

Otros rasgos interesantes del consonantismo chistavino que menciona el autor, son, por ejemplo, la inestabilidad de -r y -t finales o la vacilación existente entre /l/ y /y/ con tendencia a la articulación lateral (*palla* / *paya*, *rollo* / *royo*, *adullar* / *aduyar*, *arrollo*, *pallaso*, etc.).

En el último epígrafe de este segundo capítulo, se ocupa de diversos fenómenos (asimilación, disimilación, metátesis, epéntesis, aféresis, equivalencia acústica, ultracorrección, etc.), agrupados bajo el tradicional rótulo de «Cambios fonéticos esporádicos». Pensamos que algunos de los aspectos aquí incluidos deberían haber sido tratados en los correspondiente apartados dedicados a las vocales y a las consonantes. Por ejemplo, no entendemos por qué habla de la «aféresis» en este apartado, y no en el de «Pérdida de vocales», epígrafe ya incluido anteriormente, al tratar del vocalismo átono.

El tercer capítulo atiende a los aspectos gramaticales del chistavino. Se tratan sucesivamente el artículo, el sustantivo (flexión y formación nominal), el adjetivo (incluyendo posesivos y demostrativos), los pronombres (personales, indefinidos, relativos e interrogativos), el verbo, el adverbio, la preposición, la conjunción y la interjección. De acuerdo con el orden expuesto, el autor describe sucintamente las peculiaridades morfológicas y sintácticas del chistavino. Entre las más significativas podemos mencionar las siguientes: la forma del artículo masculino plural *es* (*es cunejus*); la formación del plural mediante la adición de -s al singular acabado en vocal o en consonante (*bocs*, *bagarils*); la construcción «artículo + posesivo + sustantivo» (*la güestra vaca*); el uso de los pronombres *yo* y *tú* tras preposición (*esto ye ta yo/tú*); la vitalidad de las llamadas «partículas pronominalo-adverbiales» *en* e *y*, con los valores y empleos propios de las hablas altoaragonesas; indefinidos como *garra*, *guaire(s)*, *mica* y *prou(s)*; las desinencias verbales -n y -z para la primera y segunda personas del plural, respectivamente; la regular sustitución de algunas formas del paradigma del verbo *ser* por las correspondientes del verbo *estar* (*estando como ye*, *no le pasará ná*); el uso de la preposición *ta* para indicar 'movimiento hacia' (*viene t'aquí*) o con el valor de 'para' (*la taula ta ligar la masa*), etc.

En relación con la morfología verbal, merece mención aparte, por su especial interés, la presencia de dos tipos de «pretérito indefinido» en el Valle de Gistáu: uno perifrástico, formado con el verbo *ir* + infinitivo, que se usa en Gistaín, Plan y San Juan (*voy puyar* 'subí') y otro sintético en Saravillo y los pueblos de la Comuna (*puyé*). Es, pues, por el Valle de Gistáu por donde pasa la isoglosa divisoria de estos dos tipos de pretérito.

La sección cuarta, con mucho la más extensa de la obra, está dedicada a inventariar el vocabulario rural. B. Mott se propone aquí «recopilar el máximo número de voces, sean de uso corriente en la actualidad, sean vocablos que van cayendo en desuso» (pp. 17-18). La gran cantidad de léxico recogido se presenta ordenada en categorías lógicas. Son las siguientes: la casa; los trabajos domésticos; los animales domésticos; el cultivo del campo; la vida pastoril; la leña;

RESEÑAS

accidentes topográficos; el tiempo; plantas y árboles; insectos, animales salvajes, aves y pájaros; la vida en familia; la indumentaria; la alimentación; las partes del cuerpo; enfermedades; los oficios; la vida religiosa; la vida social y el comercio; juegos, diversiones y fiestas; la vida fisiológica y sensible y, por último, la vida psicológica. Son en total veintiún grupos, a través de los cuales el autor realiza un completo y exhaustivo repaso del léxico de Gistaín, al tiempo que nos informa admirablemente de innumerables aspectos (culturales, folklóricos, etnológicos) de la vida de esta localidad pirenaica. La inclusión de abundantes fotografías y dibujos que ilustran gráficamente algunos de los vocablos y aspectos descritos, enriquece este capítulo que constituye, en sí mismo, una verdadera pieza histórica, pues muchos de los objetos, costumbres y tradiciones de la vida rural y montañesa están llamados a desaparecer y, juntamente con ellos, las palabras que sirven para nombrarlos.

Tras el estudio fonético, morfosintáctico y lexicográfico, se incluye una antología de textos dialectales (dos cuentos y tres conversaciones grabadas en cinta magnetofónica) que el lector interesado en estos temas ha de agradecer enormemente. La obra se completa con la sección bibliográfica y un exhaustivo índice de voces, cuya utilidad está fuera de toda duda.

En definitiva, estamos ante una obra bien realizada y valiosa, no sólo por la riqueza, fiabilidad y tratamiento de los materiales allegados, sino también porque la modalidad lingüística estudiada se encuentra, como indica el propio autor en la *Introducción*, «en trance de desaparecer» (p. 17). B. Mott, conocedor como nadie de la variedad dialectal de Gistaín, contribuye con esta monografía —de obligada consulta para el lexicógrafo y estudioso de las hablas aragonesas— a un mejor y más pormenorizado conocimiento del mapa lingüístico altoaragonés. Ya lo señala A. Badía en el *Prólogo* de la obra: «la dialectología aragonesa está de enhorabuena».

María Luisa Arnal Purroy

Rosa GÓMEZ CASAÑ, *Aproximación a la historia lingüística del Alto Palancia entre los siglos XIII y XVI*. Segorbe, Excmo. Ayuntamiento, 1988, 388 páginas.

Las características lingüísticas de las comarcas castellano-hablantes de Valencia han merecido la atención de algunos estudiosos, como Natividad Nebot o Isabel Alba, a través de cuyos trabajos dialectales van siendo conocidas; pero —tal como señala Emilio Ridruejo en la introducción— algunas de las peculiaridades de esta zona, frontera entre el valenciano o catalán y el castellano-aragonés, sólo son comprensibles mediante una visión histórica. Y éste es el propósito de Rosa Gómez Casañ con el libro que comentamos, edición de su

tesis doctoral, que obtuvo el premio de investigación María de Luna, y en el que se lleva a cabo una historia lingüística del Alto Palancia desde 1238, año de la reconquista de Valencia, hasta 1609, fecha de la expulsión de los moriscos.

El trabajo se inicia con una *Introducción histórica* en la que se delimita la zona objeto de estudio, describiendo la situación geográfica y las vicisitudes históricas (reconquista y repoblación, división política en el Medioevo, poblamiento y origen de los pobladores) que determinan su identidad, frente al valle medio o bajo del río Palancia. Siguen, a continuación, dos partes claramente diferenciadas: *Historia de la lengua*, en la que se atiende a los procesos que han originado la situación lingüística de esa comarca, y *Descripción lingüística interna*, estudio del corpus documental seleccionado.

Destaca, por su interés y originalidad, la primera, en la que se aplican técnicas sociolingüísticas normalmente utilizadas en estudios sincrónicos. Describe las circunstancias en que se produce el *cambio de código* o paso de una lengua a otra dentro de un texto, fenómeno que distingue de la *mezcla lingüística* o *interferencias*, términos que aluden a la incorporación de elementos tomados de una lengua en contacto. Un capítulo importantes es el que lleva por título *Catalán y castellano en los usos jurídico, notarial y eclesiástico. La lengua «familiar»*, donde la autora analiza, en cada uno de los códigos, la lengua predominante, normalmente el castellano, y la convivencia con el catalán durante algunos períodos, examinando los factores extralingüísticos que condicionan cada situación y llegando a la conclusión de que la comarca del Alto Palancia era y es castellano-hablante, por lo que el empleo del catalán en la documentación no es el resultado de la expresión de la lengua natural de sus habitantes, y se debería a cuestiones de prestigio, no como lengua de cultura, sino como lengua de la autoridad y de la ley.

En la segunda parte se realiza la *Descripción lingüística interna* de los documentos seleccionados, con los tradicionales capítulos de grafías, fonética y fonología, morfosintaxis y léxico, en los que se insiste en los aspectos más significativos. En el apartado gráfico destaca la vacilación, justificable no sólo por el amplio período que abarcan los textos sino, sobre todo, por el carácter de frontera lingüística y el intento de aunar los sistemas castellano, catalán y aragonés. Establece diversos cortes en el sistema fonológico que, en el siglo XIII y parte del XIV, no difiere del castellano alfonsí, aun con algunas confusiones de sibilantes que se ponen de relieve con claridad hacia 1375; sin excesivas modificaciones se llegaría al sistema de hacia 1495 y a las sucesivas igualaciones que se manifiestan a finales del XVI. Se atiende en el apartado de morfosintaxis al género, artículo, pronombres, adverbios, numerales y verbo, para clasificar, finalmente, el léxico registrado en *cultismos, arcaísmos, vulgarismos, aragonesismos, catalanismos, voces comunes a aragonés y catalán, léxico común y léxico sin documentación conocida*. El estudio de este corpus documental revela —tal como concluye Rosa Gómez— el influjo del catalán sobre el castellano-aragonés de la zona, pero sin que el resultado del contacto entre ambas lenguas sea normalmente la construcción de nuevas estructuras paradigmáticas.

La obra se completa con el habitual apartado bibliográfico y con un apéndice documental, en el que se ofrece una muestra representativa de los distintos

tipos de documentación consultada, con textos que —ordenados cronológicamente y precedidos de la correspondiente descripción— abarcan desde 1251 hasta 1598.

Se trata, en definitiva, de un trabajo muy valioso y cuidadosamente elaborado que ejemplifica con amplitud cada una de las cuestiones tratadas y que aporta, para una comarca valenciana especialmente interesante por su carácter de frontera lingüística entre el castellano-aragonés y el catalán, una necesaria visión histórica que complementa los estudios sobre las peculiaridades del habla viva ya realizados y que puede ayudar a comprender mejor la realidad lingüística actual de estas regiones.

R. M. C. M.

Gonzalo de BERCEO, *Los Milagros de Nuestra Señora*. Edición crítica y glosario por Claudio García Turza. Logroño, Servicio de Publicaciones del Colegio Universitario de La Rioja, 1984, 239 páginas.

El trabajo que, con este título, presenta Claudio García Turza se inscribe en un proyecto más amplio, orientado a analizar desde el punto de vista filológico el texto de los *Milagros de Nuestra Señora*, de Gonzalo de Berceo. Como etapa inicial, en esta aportación se atiende a la fijación textual del poema y al estudio pormenorizado de numerosas muestras de su vocabulario.

En cuanto al primero de los aspectos citados, ha de señalarse que el texto crítico establecido es resultado, lógicamente, de la selección de las lecturas transmitidas por la tradición manuscrita de los *Milagros*, a las cuales han dedicado su atención los especialistas en numerosas ocasiones (acaso la más reciente sea la de Phillip P. Flahive, en las *Actas del VII Congreso de ALFAL*, Santo Domingo, 1987, vol. I, pp. 405-416); según García Turza, el Códice Ibarreta (I), depositado en la Abadía de Santo Domingo de Silos, posee las versiones más fidedignas respecto al original, distinguiéndose de los demás (Colección Mecolaeta, M, M2, de la Biblioteca Nacional; Códice «in folio», F, de la Real Academia Española) por una notable regularidad métrica y por escasas concesiones a la lengua de su tiempo (siglo XVIII), aunque en algunas ocasiones (351 exactamente), las lecturas de M o F son más aceptables o, incluso, las correctas. Por ello, las lecciones incorporadas al texto de los *Milagros* que se edita (pp. 25-132), siguen preferentemente la versión de I y, en menor número de casos, las transmitidas por M y F.

Claudio García Turza informa pormenorizadamente sobre los criterios gráficos que ha tenido en cuenta para la reconstrucción del texto crítico, a la vez que descubre al lector interesado las dos pautas esenciales que han guiado su labor: de una parte, el mantenimiento exacto del isosilabismo de las cuaderñas,

tomando como base los principios que rigen el paradigma métrico-rítmico del verso alejandrino; de otra, la más exacta aproximación al sistema lingüístico de Berceo. El apartado de variantes, a pie de página, se complementa por medio de un capítulo de notas al texto (pp. 133-148), en el que se justifican las enmiendas llevadas a cabo y se da cuenta de las correcciones lingüístico-métricas que restablecen el paradigma regular del alejandrino, maltrecho o deturpado en las lecciones correspondientes de cada uno de los manuscritos. Con tal finalidad, el autor acude a las *concordancias* del poema, personalmente elaboradas, a las otras obras de Berceo y, lógicamente, a versiones de los *Milagros* anteriormente publicadas, de modo especial a la B. Dutton.

El segundo de los temas anunciados, el del léxico, toma forma en un glosario en el que constan las equivalencias semánticas de las palabras que ofrecen mayor dificultad de comprensión, bien por ser de uso exclusivo de Berceo, bien por haberse perdido o haber cambiado su significación; también se comentan vocablos que pueden no resultar diáfanos a causa de su estructura formal. En total, se recogen cerca de 400 voces, inventario que constituye una contribución muy positiva a la historia del léxico medieval. Destaquemos que, en sus comentarios, García Turza recurre a la rica bibliografía que han originado los escritos de Berceo, así como a los datos léxicos extraídos de otras investigaciones sobre obras literarias medievales y de los diccionarios generales del español.

Los dos propósitos que han guiado a Claudio García Turza en la elaboración de este libro quedan, pues, adecuadamente cumplidos; ahora hay que esperar su anunciado estudio filológico que, sin duda, enriquecerá de modo decisivo nuestros conocimientos sobre Berceo y sobre la lengua de la primera mitad del siglo XIII.

J. M. E.

Vidal Mayor. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Excma. Diputación Provincial de Huesca, 1989, 2 vols., 554 + 166 páginas.

No supo gritar Aragón cuando, a principios de siglo, perdió el precioso códice miniado del *Vidal Mayor*. Ya fuera de nuestra tierra, el manuscrito viajó de las manos inglesas de los Fairfax Murray y los Dyson a las alemanas de los Ludwig; por último, en 1983, fue adquirido por la californiana Fundación «Paul Getty». La Diputación Provincial de Huesca pretendió adquirir el *Vidal* dos años más tarde, pero las gestiones no tuvieron éxito. Se pensó entonces en una edición facsimilar. Y ahí está el origen de la obra que aquí se reseña, motivo de orgullo para quienes de una forma u otra han contribuido a que viera la luz y, por supuesto, de alegría profunda no sólo para todo aquel que intenta conocer las raíces aragonesas, sino también para quien, de un modo general, está interesado en el período histórico que llamamos «Edad Media».

Es cierto que, con anterioridad —hace ya más de treinta años—, el hispanista sueco Gunnar Tilander había puesto al alcance de todos el *Vidal*: a él se debe la única transcripción completa del manuscrito, acompañada de un estudio lingüístico y un denso vocabulario, bajo el título *Vidal Mayor. Traducción aragonesa de la obra «In excelsis Dei thesauris»* (Lund, 1956, 3 vols.). Desde su aparición fue —sigue siéndolo— un punto obligado de referencia en los estudios filológicos e histórico-jurídicos que atienden a lo aragonés. Pero nadie puede pensar que la nueva edición está injustificada.

Consta ésta de dos volúmenes de buena factura y hermosa presentación. El primero es el facsímil del códice manuscrito, semejante en sus medidas al original. Guillermo Fatás indicó en uno de sus artículos periodísticos sobre el *Vidal Mayor*: «La Fundación Getty ha sido generosa: cede las fotografías originales (con el levisimo, pero apreciable defecto de mostrar ligeramente curvadas las páginas por el canto que da al lomo, ya que no se ha encuadernado el ejemplar —aunque la encuadernación no es medieval—) y exige un nivel alto de calidad: la imprenta ha sido contratada de acuerdo con el criterio estricto de los estadounidenses. El facsímil es extraordinariamente bello; su contenido, de primera importancia cultural y científica» (*Heraldo de Aragón*, 10 de junio de 1989, fecha en la que de forma oficial y solemne se presentó la edición).

Los *Estudios* se recogen en un volumen aparte, de iguales medidas y con el mismo tipo de encuadernación que el anterior. Tras un breve *incipit* de don Marcelino Iglesias Ricou, Presidente de la Excm. Diputación Provincial de Huesca, la introducción corre a cargo del profesor Agustín Ubieta Arteta, Director del Instituto de Estudios Altoaragoneses cuando se editó la obra («Notas aclaratorias sobre el *Vidal Mayor* y su contexto», pp. 11-22). Los distintos trabajos han sido elaborados por prestigiosos especialistas: el reciente y tristemente fallecido Antonio Ubieta Arteta («Los precedentes de los *Fueros de Aragón*», pp. 23-41), Jesús Delgado Echeverría («*Vidal Mayor*, un libro de fueros del siglo XIII», pp. 43-81), Juan Antonio Frago Gracia («El marco filológico del *Vidal Mayor*», pp. 83-112) y M.^a Carmen Lacarra Ducay («Las miniaturas del *Vidal Mayor*: estudio histórico-artístico», pp. 113-166). El éxito de la empresa estaba así asegurado.

Interesa aquí prestar un poco más de atención a las páginas filológicas de esos *Estudios*. El profesor Frago nos ofrece en ellas un trabajo magistral. En el apartado de «Costumbres ortográficas» corrige algunos errores de acentuación y puntuación hallados en la edición de Tilander (cuya bondad de conjunto reconoce) y trata de las pautas ortográficas advertidas en el texto, de su regionalismo y de algunos registros gráficos que pueden estar en relación directa con el habla del escribano (pp. 86-88). Analiza después la «Oportunidad histórica del *Vidal Mayor*», destacando el dualismo entre la ambientación popular de la obra y una serie de elementos de carácter culto, como los recursos retóricos, las referencias culturales, las evocaciones gramaticales y etimológicas, o las muestras de erudición jurídica y amplia formación intelectual (pp. 88-99). Frago verifica que la conocida preocupación aragonesa por lo concerniente al Derecho tuvo como consecuencia lingüística la comunicación estrecha entre la lengua común y el lenguaje profesional de los juristas; es significativo a este respecto el empleo

en el *Vidal* de fórmulas e imágenes populares, de un lado, y, por otro, de constantes refranes (pp. 99-105). Se presenta a continuación el estudio de la lengua del manuscrito, tras un agudo comentario de los asombrosos apuntes lingüísticos que en él se encuentran. Comenta Frago la abundante presencia de voces aragonesas, repasa las peculiaridades fonéticas y morfológicas dialectales anotadas por Tilander y, sobre todo, insiste en la idea de que el *Vidal* está escrito en una modalidad lingüística separada ya del viejo dialecto pirenaico: la lengua del *Vidal* responde al nuevo dialecto que se asentó en la tierra llana, un aragonés nivelador de variantes en su expansión geográfica a raíz de la Reconquista (pp. 105-110). Se cierra el trabajo con dos páginas acerca de los problemas que en relación con el corpus romance ahora reeditado plantea la pérdida de la fuente latina escrita por el obispo Vidal de Canellas (*In excelsis*); defiende Frago que «los folios del *Vidal Mayor* dejan entrever la sabia mano del catalán obispo de Huesca, artífice de la urdimbre jurídica y cultural del libro, y se intuye en ellos la aportación, por desgracia difícil de precisar, de un vasco-navarro romanizado, o por mejor decir aragonesizado; pero el protagonismo de la obra recae en todo un pueblo, el aragonés, con sus tradiciones y su lengua» (p. 112).

Es de justicia decirlo: nunca se le agradecerá bastante a la Diputación de Huesca el regalo con el que nos ha obsequiado a través del Instituto de Estudios Altoaragoneses. El mundo filológico ha ganado con esta edición el poder disponer del precioso facsímil —con el gozo innegable que ello produce al estudioso— y, además, un nuevo trabajo, tan riguroso como profundo, de Juan Antonio Frago.

Vicente Lagüéns Gracia

Aurora EGIDO. *Bosquejo para una historia del teatro en Aragón hasta finales del siglo XVIII*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1987, 67 páginas.

El libro de Aurora Egido constituye, en su origen, una de las partes de la *Introducción a la Literatura en Aragón hasta 1800*; por razones editoriales de espacio no pudo publicarse junto a la prosa y a la poesía del citado período en el vol. VII de la *Enciclopedia Temática de Aragón*, en la cual vieron la luz estos otros capítulos en 1988.

A través de estas páginas, intenta la doctora Egido —y lo consigue plenamente— destacar lo que Aragón ha ofrecido al arte dramático, recogiendo lo que hasta ahora se sabía o andaba oculto o disperso, sin olvidar aspectos tan interesantes como los relativos al espacio escénico y a la fiesta, con un criterio muy amplio del género.

De los comienzos teatrales en Aragón, hay que destacar que la región es

punto clave para las representaciones litúrgicas: así, de la catedral de Huesca proceden dos tropos latinos de los siglos XI o XII, la *Visitatio Sepulchri*, sobre la Resurrección, y una secuencia dialogada entre pastores y ángeles que anuncian el nacimiento de Jesús. Existen, por otro lado, noticias de posteriores ceremonias religiosas en esta catedral, probablemente en lengua vernácula, durante los siglos XV y XVI, así como sobre la utilización de este espacio escénico para actos de la Universidad y para certámenes literarios durante esta última centuria y la siguiente. Por otra parte, en Zaragoza también se testimonia, en un misal manuscrito del Pilar, un tropo del *Quem queritis* de Pascua, y hay referencias a otros de contenido navideño; además, en el *Missale Caesaraugustanum* de 1442 se describe el ceremonial de la procesión dentro del templo, que se repite en 1485 y a principios del siglo XVII; diversas fuentes informan sobre dramatizaciones religiosas, sobre la costumbre de arrojar aleluyas impresas con motes dentro del templo del Pilar, que perdura hasta el siglo XVIII, o sobre entremeses representados en el día del Corpus y en otras festividades: un buen ejemplo de estos últimos se encuentra en la *Descripción poética del martirio de Santa Engracia*, de Fernando Basurto, obra en la que se relatan las celebraciones que tuvieron lugar en Zaragoza en 1533 cuando la reina Isabel y sus hijos pasaron por la ciudad camino de Barcelona.

El teatro secular aragonés se origina en las coronaciones de reyes y en fiestas cortesanas, de lo que ya hay noticia en 1286 (coronación de Alfonso III); a juicio de Aurora Egido, la riqueza alegórica de los entremeses aragoneses supera la de piezas similares del otro lado de los Pirineos; parece, además, que de Aragón proviene el nombre de «entremeses» para mojíngangas y pantomimas, así como para los artefactos espectaculares que pasaron de las salas de palacio a las procesiones callejeras. Añádase, en fin, que para el historial de la égloga pastoril en el drama peninsular cabe aducir el dato curioso que proporcionan, en 1485, las *Églogas* de Antonio Geraldino, vinculado al brote humanístico aragonés regentado por don Alfonso, arzobispo de Zaragoza e hijo del rey Fernando.

Otro extenso apartado de este trabajo está dedicado al siglo XVI, período del que no se posee un estudio de conjunto para Aragón, siendo urgente la edición de las obras de los autores de esta época, no sólo desde el punto de vista regional, sino también por el interés que ofrecen para la historia del drama; entre los autores aludidos se citan —y se analizan sus escritos— Pedro Manuel de Urrea, Jaime de Huete, Bartolomé Paláu y, dentro de los ambientes moriscos, Francisco de Arellano y Diego de Negueruela. De finales de esta centuria son las tres tragedias escritas por Lupercio Leonardo Argensola, con quien se cierra una compleja etapa teatral que dio en Aragón frutos representativos de los distintos géneros y estilos con que el Renacimiento pobló escenarios y textos teatrales para ser leídos.

En el Barroco, destaca Aurora Egido el cambio sustancial que la «comedia nueva» supuso en el teatro regional; aunque Aragón no fue cuna de ningún dramaturgo de gran talla, contribuyó al asentamiento de las nuevas tendencias, favoreciendo representaciones y ediciones. Entre los autores aragoneses, escasamente estudiados, hay que citar a Jerónimo de Mora, Pedro Liñán de Riaza y Diego Felipe Vizcaíno; también a poetas que escribieron piezas dramáticas

como Jerónimo de Cáncer y Velasco, Francisco Díez de Aux, Martín Peyrón y Queralt, Juan Yagüe y Salas, Cristóbal del Cerro, Matías de Aguirre, Juan Bautista Felices, Juan de Funes y Villalpando, Juan Cabeza, Ambrosio de Bondía y el mismo Juan Francisco Andrés de Ustarroz, quien tentó el teatro con un *Auto del nacimiento de Christo Nuestro Señor* (1652). Son además abundantes las noticias que, para el período barroco, la autora ofrece sobre las casas de comedias y la vida teatral zaragozana, festejos ciudadanos, dramatizaciones paralitúrgicas, así como sobre la labor impresora de Zaragoza y las actividades de su Universidad en relación con el teatro.

En el siglo XVIII la imprenta zaragozana sigue ofreciendo variadas muestras de obras teatrales, aunque el número de éstas desciende considerablemente respecto a la centuria anterior: Francisco de Castro y Juan Francisco Escuder se cuentan entre los dramaturgos de este tiempo. No hay que olvidar, por otro lado, que la devoción pilarista y otras muestras de alegría ciudadana suscitaron en Zaragoza y en otras poblaciones de Aragón representaciones alegóricas y religiosas junto a las cuales surgieron ediciones de obras pastoriles, como las *Églogas* del padre Basilio Boggiero (1780), las de Jacobo Soriano Giménez (nacido en 1749), o *El Melibeo*, del padre Isidoro de San Joaquín (1780). No omite la doctora Egido otros aspectos relevantes que tienen lugar en este siglo ilustrado: el teatro escolar, impulsado por las Escuelas Pías y por la Compañía de Jesús (hasta 1767); la crítica teatral, no sólo en lo que tiene que ver con la actividad teatral, que hoy puede seguirse a través de la prensa zaragozana de la época y de otros muchos documentos de archivo, sino también en lo que se relaciona con la preceptiva, que cuenta con la *Poética* de Luzán (1737) y con el *Ensayo sobre el teatro español*, de Tomás Sebastián y Latre (1772); añádase un suceso, cumplidamente historiado en esta publicación, de gran trascendencia para la vida teatral de Zaragoza: el 12 de noviembre de 1778 era devorada por las llamas la casa de comedias del Hospital de Nuestra Señora de Gracia y, tras diversos avatares, se inauguraba, para contrarrestar su destrucción, un nuevo edificio, hoy teatro Principal, el 25 de agosto de 1799.

En esta reseña, meramente informativa, no es posible dar cuenta de muchos otros datos que poseen un enorme interés y que Aurora Egido, con una erudición y una habilidad encomiables, ha extraído de abundantes fuentes documentales y de los selectos trabajos que se enumeran en la bibliografía final. El libro, de lectura amena, ofrece una apropiada visión de conjunto, de la que se infiere que, en lo que concierne a Aragón, el momento actual de la investigación ha alcanzado esperanzadores resultados, lo que no significa —y así lo advierte la autora— que los conocimientos que poseemos sobre el teatro aragonés —más de Zaragoza que del resto de la región— no puedan ser enriquecidos por medio de nuevas aportaciones; para ellas, la obra que comentamos habrá de servir, sin duda, de piedra angular. Vale la pena, antes de terminar, recoger las conclusiones de sus páginas finales, pues son ante todo una invitación a seguir ahondando en los temas analizados: «En la trayectoria histórica de los dramaturgos aragoneses no surgen nombres de relieve que destaquen al lado de un Lope de Vega o de un Calderón, pero eso no descarta una rica historia de vida teatral y de escritura dramática con jalones interesantes que merecen mayor

atención que la que han recibido» (p. 57), pues entre la tradición y la originalidad, el teatro aragonés ha recorrido un largo camino en el que no faltan señas de identidad propias, al margen de la creatividad y de la preceptiva dramáticas.

J. M. E.

Alberto MONTANER FRUTOS, *El Recontamiento de al-Miqdâd y al-Mayâsa*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1988, 234 páginas.

El trabajo realizado por Alberto Montaner Frutos permite, sin duda, que la investigación sobre la literatura aljamiado-morisca cuente con una nueva e importante aportación, a saber, la edición y estudio del texto del *Recontamiento de al-Miqdâd kon al-Mayâsa*, transmitido a través de un solo manuscrito (ms. Misceláneo XIII o J 13) encontrado en Almonacid de la Sierra en 1884 y que se halla actualmente en el Instituto de Filología del C.S.I.C. El análisis codicológico, paleográfico y lingüístico de dicho manuscrito, realizado por el autor, permite afirmar que el *Al-Miqdâd* fue copiado de otro hacia 1581¹.

El estudio que Alberto Montaner ha realizado del texto del *Al-Miqdâd*, historia de amor y matrimonio entre al-Mayâsa, hija del jeque de la tribu de los Banû Kinda, y al-Miqdâd, un pastor huérfano pariente de ellos, que termina con la conversión de ambos protagonistas al islamismo, comprende tanto el establecimiento de la estructura de la obra mediante el análisis de la función y significado de las distintas secuencias, como la captación de la visión del mundo que el texto encierra y refleja mediante tal organización.

El análisis de la estructura del *Al-Miqdâd* revela que nos encontramos ante un relato folklórico, tal como ponen de manifiesto diferentes esquemas, motivos y recursos utilizados en él, que mantienen correspondencia con los tipificados por Thompson o Propp; en concreto, y tras las oportunas comparaciones con obras similares, el *Al-Miqdâd* debe enmarcarse dentro de la narrativa heroico-legendaria árabe en la que confluyen dos corrientes literarias, la *pseudo-magâzî* y la *šira-hikâya*. No obstante, dicho análisis muestra también la presencia en la obra de estructuras y técnicas más complejas que las propiamente cuentísticas, hecho que marca el carácter híbrido del *Al-Miqdâd* como combinación de fórmulas narrativas tradicionales con otras más nuevas consagradas en la Baja Edad Media.

Más allá de estas consideraciones, el autor de esta edición del *Al-Miqdâd* muestra cómo la literatura representada por obras como la presente, que dentro del contexto socio-cultural árabe cumplían funciones de adoctrinamiento, de

1. Para una mayor información sobre el ms. XIII puede verse el trabajo de este mismo autor «El depósito de Almonacid y la producción de la literatura aljamiada (en torno al ms. Misceláneo XIII)», *AFA*, XL1 (1988), pp. 119-152.

RESEÑAS

entretenimiento y de enardecimiento bélico, refleja una visión del mundo distinta y adquiere unas connotaciones nuevas en el seno de la comunidad morisca. A pesar de que en la época en la que fue copiado el *Al-Miqdâd* había tensiones entre cristianos y moriscos, obras de este tipo no son un llamamiento a la insurrección, sino a la autoafirmación socio-cultural y religiosa de los últimos frente a una sociedad que pretendía su aculturación.

El trabajo, que incluye asimismo unos utilísimos índices bibliográficos y un repertorio de motivos folklóricos, ha sido realizado con una exhaustividad y un rigor científico indiscutibles. Pero además de todo ello, resulta particularmente interesante desde una perspectiva lingüística, tanto por el glosario de voces árabes no conservadas en español que el autor incorpora al final de la edición crítica del texto del *Al-Miqdâd*, como por la breve caracterización de la lengua en que éste se halla escrito, que permite situarlo cronológicamente en el último cuarto del siglo XVI y geográficamente en el ámbito aragonés, datos todos ellos que, sin duda, debemos sumar a los aportados por los ya conocidos estudios sobre dialectalismos aragoneses en literatura aljamiada de M. Alvar, A. Galmés de Fuentes, O. Hegyi, R. Kontzi, R. Menéndez Pidal o A. Vespertino.

M.^a Pilar Benítez Marco

Enrique SATUÉ OLIVÁN, *Las romerías de Santa Orosia*. Zaragoza, D.G.A., 1988, 287 páginas.

Enrique Satué lleva a cabo en su estudio una revisión crítica de la hagiografía tradicional de Santa Orosia a la luz de recientes trabajos historiográficos y un análisis del papel desempeñado por las romerías de esta Santa en la antigua sociedad rural aragonesa.

En cuanto a la hagiografía de Santa Orosia, es propósito del autor demostrar cómo las dos corrientes existentes, que difieren, sobre todo, en el origen de aquélla (princesa de Bohemia, en opinión de la historiografía tradicional, o mozárabe, hija de padre musulmán y madre cristiana, según estudios históricos recientes), no son irreconciliables, sino que la primera parece ser transmisora de un hecho histórico que ella misma ha ido deformando en algunos aspectos.

El análisis minucioso que el autor realiza de los diferentes componentes de las romerías de Santa Orosia (aspectos físicos de su geografía, culto a la Santa y manifestaciones religiosas, sociales, económicas, artísticas, literarias, musicales y folklóricas que éste último comporta) pone de manifiesto que éstas adquieren su auténtico significado dentro de una sociedad tradicional inmersa en una concepción cíclica del tiempo, en la que las actividades profesionales, las creencias y las estaciones anuales están interrelacionadas. Cuando el modelo industrial y urbano termina con las funciones económicas (establecimiento del precio de la

RESEÑAS

lana, tratos de caballerías, contratación de pastores, etc.), sociales (acuerdos matrimoniales, etc.) y espirituales (intercesión de la Santa en las sequías y en los casos de endemoniados) de la romería, ésta pierde su esencia, produciéndose un desequilibrio entre el legado histórico-religioso y el carácter lúdico de la fiesta, fenómeno que describe la actual situación de las romerías de Santa Orosia.

El desarrollo de estos contenidos va acompañado de una importante documentación gráfica y escrita. Desde un punto de vista lingüístico, resulta especialmente interesante ésta última, ya que los textos recopilados, en concreto, los correspondientes al dance de Yebra, pueden servir de fuente para posteriores estudios sobre el aragonés de la zona.

En definitiva, creemos que trabajos como el presente permiten un tratamiento científico de manifestaciones folklóricas, lo cual repercute favorablemente en un conocimiento más exacto de la sociedad tradicional aragonesa.

M. P. B. M.